

Marcas y Restos

Esto no es una pipa, *Ce n'est pas une pipe*, lee el famoso cuadro surrealista de René Magritte en una negación no del objeto representado, sino de la pintura misma como medio representativo. El cuestionamiento de la superficie pictórica como extensión y espejo de la realidad – legado de los maestros renacentistas – se remonta, sin embargo, a la obra del realista y protoimpresionista Édouard Manet. Pedía este a su público parisino en las postrimerías del siglo XIX, “mirar la pintura y no a través de ella”. Colgada aún en la pared quedaba expuesta, no obstante, sobre la mesa de la tradición occidental una de las más longevas y dominantes esferas del arte en su carácter de objeto material. Confrontados su ilusionismo y falsa tridimensionalidad ya no habría vuelta atrás. Negar la pintura en su sentido tradicional fue afirmar su veracidad. Pensada ahora la obra pictórica como sucesión de estratos, cuyo soporte o base sostiene una capa de pigmento y aglutinante superficial, quedaba allanado el camino de la experimentación, de la abstracción y de la exploración formal.

La “no pintura” que bajo el nombre de **Marcas y Restos** hoy propone y presenta Fernando Paes es, como la de un Pollock, partícipe de dicha validación de lo pictórico que en el caso de estos afirma, además, modos y medios atípicos de pintar. Haciendo uso de procesos indirectos a la hora de aplicar el material y sirviéndose indiscriminatoriamente de la pintura de naturaleza industrial, ambos dejan sus marcas sobre lienzos, algunos de escala monumental. La impronta del líder expresionista abstracto, resultado de la técnica del chorreado, es retrato inmediato de la danza gestual que este librara en la tela como terreno, comprometiendo toda su corporeidad. La de Paes, distanciado del automatismo introspectivo y egocéntrico de aquel, es humilde reconocimiento de los restos que en otro tipo de suelo - el de su salón en la universidad - derramaran sus estudiantes al trabajar.

En un proceso que comenzara hace 20 años y que siente haber dominado hace 10, Fernando Paes problematiza todavía más conceptos artísticos como el de la inconsciencia en el acto de crear, la factura y hasta la autoría de la obra como original. Distanciándose esta vez de lo que cotidianamente yace bajo su pies, sobrevuela el espacio del aula, aprehendiendo como ave carroñera lo que para otros ojos no es más que remanente inservible condenado a

fossilizarse. Con ánimo arqueológico, Paes identifica el lugar del hallazgo, delimitando el área de actuación para sustraer las capas de material acumulado mediante una técnica que él mismo ha ideado. Aplicando pintura fresca de un sólo color mezclada con un poco de adhesivo, extiende como una sábana el lienzo que sin manipular deja que descansa sobre ella para arrancar la estratificación de pintura tirando por lo que será su reverso. La cara o anverso de la imagen resultante siempre es una sorpresa para el autor, así como incierto es el descubrimiento de la ciencia que se lanza a la búsqueda de los vestigios materiales de nuestro pasado. Más sorprendente para él ha sido, sin embargo, ver la colorida cara del aire, el que entre capas de pintura y pliegues de la tela se cuele y a modo de recurrentes e interesantes franjas longitudinales reclama en una y otra pieza arbitrariamente su lugar.

Estas obras de marcado peso autobiográfico no sólo visibilizan lo que carece de semblante, como también lo oculto detrás de lo que antes ha sido obviado e, incluso, pisoteado, sino que dirigen nuestra mirada y nos dan acceso al entorno pedagógico que las potenciara. Decir que la pintura de Fernando Paes no es una pintura en el vocablo tradicional es a la vez reconocer su milenaria identidad en la medida en que se suma a la tarea de sensibilizar, de cuestionar y cuestionarse y de promover la inclusividad. En momentos como los que vive el espacio universitario del que son sustrato, dichos atributos le confieren a su propuesta mayor pertinencia y verdadero carácter trascendental.

Irene Esteves Amador, PhD
Abril de 2017